

La Muerte de Lafourcade

685496

Llegó delgado, pero muy Compuesto a nuestra casa. Se le acogió con cariño y le celebramos a coro sus primeras gracias. Costaba hacerle beber la leche — una de sus mitades era de gato —, el medio litro de leche que el pueblo generoso le ofrenda al niño. En cambio, para la carne era un campeón. Prefería los lomos y los filetes, siempre más grandes que su modesta estatura. Su tremendo hocico nos obligaba a trabajar más de la cuenta para alimentarlo.

Nos resultaba con frecuencia insólito. Meneando la cola y muy limpias sus uñitas, hojeaba los libros de nuestra biblioteca, la guata aplastada contra la alfombra y la espada de la lengua matando moscas. Mostraba una habilidad extraordinaria para la guerrilla literaria, el bombo crítico y el negocio editorial. De repente empezó a escribir. Sus aullidos juveniles, entre volteretas y gemidos, fueron cuidadosamente seleccionados por sus compañeros de oficio y otros admiradores, por tratarse de curiosos testimonios de una rica fantasía en cuatro patas. Lafourcade era inaudito.

Comenzó a engordar, por dentro y por fuera. Cumplía a plena conciencia comercial la parte gala de su estructura y de su misterioso

cerebro. Le dio por el escándalo, las lolitas, las palomas y los asesinatos. Sus gustos burgueses nos tenían en la miseria. Presentíamos que se iría en busca de otros huesos. Dicho y hecho. Lo acogieron en el País del Norte, le celebraron sus gracias indígenas, le escucharon sus aullidos académicos y lo devolvieron a sus orígenes con algunos dólares cosidos a las patas y a la cola.

Se compró una casa amplia, con muchos árboles y postes para sus necesidades. Engordó tanto, que reventó. Fuimos, de acuerdo con Carreño, a su entierro. Nos extrañó la soledad del mismo. No había nadie a sus pies.

Lo envolvimos cuidadosamente en las páginas sabatinas de "Las Últimas Noticias", tabloide que acogía con predilección los estertores de su precoz agonía, y fuimos a dejarlo piadosamente a su regio mausoleo, El Plato de Lentejas.

En esa mañana llovía a cántaros. Truenos, relámpagos y aullidos concertaban sus voces y sus luces para magnificar la tragedia. Sin saber cómo ni por qué, nos pusimos a llorar a moco tendido. ¡Qué solos se quedan los perros! ¡Llorar por un perro! ¡Pobre Lafourcade! ¡Perro de moledera!

Zaghloul

La Nación. Santiago

11. I. 1972

p. 3

La Muerte de Lafourcade [artículo]Zaghloul.

AUTORÍA

Zaghloul

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Muerte de Lafourcade [artículo]Zaghloul.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile